



## INTRODUCCIÓN

Cuestiones previas, ¿qué historia de la integración europea?

1. Un enfoque jurídico-institucional.– 2. Guerra y decadencia.– 3. Westfalia y su herencia.– 4. La cuestión alemana.– 5. Unionismo, federalismo y funcionalismo.

## CLAVES

1. La historia de la integración europea puede abordarse desde muchas perspectivas. Así, desde el punto de vista temático, pueden realizarse enfoques económicos, políticos, sociológicos, etc. Este curso está dirigido a estudiantes de Derecho, de ahí que nuestro interés sea jurídico-institucional. Su finalidad es comprender en su núcleo el proceso de integración que desemboca en la Unión Europea tal y como hoy la conocemos.

Esto influye también en el periodo cronológico que nos interesa. Hay interpretaciones que privilegian un ciclo histórico amplio y que por ello comienzan la narración de esta materia remontándose a los griegos, para hablar del origen mitológico de la denominación del continente y de sus valores fundamentales que en esencia, según esta interpretación, permanecerían hasta nuestros días. No es nuestro caso.

Nosotros nos situaremos en nuestro tiempo, el denominado corto siglo XX por Wasserstein, ese que comienza con la primera guerra mundial y concluye con la caída del muro de Berlín en 1989. Un periodo que este autor califica de ambivalente, mezcla de barbarie y progreso. Donde la crisis del liberalismo deja



paso al enfrentamiento entre totalitarismo (comunismo y fascismo) y democracia, nacionalismo y europeísmo. Y en el que Europa ha sido más bien una ficción, cuya realidad más visible la configura la guerra: 12 millones de muertos en la primera guerra mundial, un millón en la guerra civil rusa, medio millón en la guerra civil española, 55 millones en la segunda guerra mundial.

2. Y nuestra elección está motivada precisamente por esto: construir Europa ha sido en el siglo XX un esfuerzo titánico por conseguir la paz y recuperar protagonismo en un mundo bipolar (constituido por Estados Unidos y la URSS). Esta experiencia (la crisis provocada por la guerra) está detrás de las distintas respuestas que vamos a recorrer en este curso y constituye una clave de lectura.

Es una materia que se presta a una fácil mitificación, pues se refugia en una ambigüedad buscada por la necesidad de legitimar una apuesta más allá de las reglas del mercado. Esta mitificación, como ya hemos visto, se refiere sobre todo a los orígenes: ¿qué se entiende por historia de la integración europea?, ¿cuáles son los orígenes de la unidad?, ¿cuáles constituyen sus fundamentos? Si repasamos las distintas respuestas que se han dado en los últimos años encontramos una pluralidad de precedentes: el imperio romano, el universalismo medieval, los sueños de la ilustración... Se trata de una búsqueda de continuidad ante un fenómeno nuevo, que permita así su más fácil aceptación.

Incluso la respuesta dada por un prestigioso historiador, Duby, parece confirmar esta interpretación. Pero de esa lectura deducimos otra cosa bien distinta y que nos interesa: la inexistencia del Estado en la edad media. Porque, precisamente, la integración europea tal y como la vivimos ahora es una cuestión estatal, de cesión de soberanía por parte de los Estados. En efecto, el proceso de integración nació como una negociación entre Estados dirigida a



superar algunas limitaciones del estado soberano a través de la atribución del ejercicio de competencias soberanas a unas instituciones comunes, para lograr así la consecución de determinados objetivos que también lo son. De esta manera, al menos desde este punto de vista, se abre un foso entre el proceso que vivimos y otras experiencias de unidad existentes en el pasado: no podemos trazar una línea de continuidad entre estas distintas realidades.

3. Para comprender mejor hay que referirse a la herencia de Westfalia, es decir al nacionalismo que hunde sus raíces en esos tratados de paz (1648), cuando se entierra definitivamente el universalismo medieval y Europa comienza a concebirse como un conjunto de Estados soberanos yuxtapuestos. El enfrentamiento entre estos Estados fue primero un asunto europeo y después se extendió a través de los respectivos imperios y el reparto colonial (así, la Conferencia de Berlín 1884-1885) por todo el planeta y favoreció una mentalidad de clara rivalidad. Esa pugna se aprecia especialmente entre Francia y Alemania: las guerras franco-prusiana (1870-1871), la gran guerra (1914-1918), la segunda guerra mundial (1939-1945). Por eso el entendimiento entre estas dos naciones ha sido el eje central sobre el que se ha construido el proceso de integración.

Esta continua conflictividad provocó un rechazo general y una reflexión intelectual que, en la mayor parte de los casos, propuso soluciones universalistas, no europeístas, aunque para esos pensadores Europa lo era todo. La maduración del capitalismo iba también en esta línea: los burgueses quieren paz para poderse dedicar al comercio, y el liberalismo –después– pedirá el libre cambio y la unión aduanera.

Esta diferencia entre universalismo y europeísmo debe tenerse en cuenta para comprender que el verdadero movimiento europeísta es todavía más reciente y necesita para su cristalización de la existencia de potencias



extraeuropeas. La crisis de la conciencia europea vino con la guerra del catorce, al producirse la eclosión de Norteamérica como potencia. Ya no tiene sentido un enfrentamiento entre europeos, ya Europa no es el centro; ahora el “enemigo” está fuera. Europa se hace también problema político: de una cuestión ética (pacifismo) a una económica (unión aduanera) y, al fin, a una política (integración política).

4. Alemania está en el centro del europeísmo como una realidad problemática. Se habla por ello de la cuestión alemana para hacer referencia al correcto encaje de este país en el contexto geopolítico. A partir de su nacimiento en 1871 como moderno estado-nación, Alemania reivindicó un papel de potencia hegemónica tanto en el continente como en la carrera colonial. Es impresionante el desarrollo de la ciencia y la cultura alemana durante la era liberal. Pero, como hemos visto, esta elevada civilización produjo una sucesión de guerras: las guerras franco-prusianas, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial.

Además, la pregunta ¿qué hacer con Alemania?, se refiere también a la división entre la Europa occidental y la del este que se produjo tras la última guerra mundial, y que convertía a este país en una especie de frontera europea.

La solución de la cuestión alemana ha estado así vinculada al proceso de integración europeo (Ignacio Sotelo, “Los avatares de la cuestión alemana”, Nueva Revista 61 (1999)).

5. En la búsqueda de soluciones se enfrentan unionistas (es decir, partidarios de una simple cooperación intergubernamental o interestatal) y federalistas (es decir, partidarios de un gobierno federal de Europa), aquellos no están dispuestos a sacrificar la soberanía del Estado y éstos quieren una federación europea, a semejanza de la establecida en Norteamérica. Como tendremos



ocasión de ver en los sucesivos temas, Europa ensayará estas distintas soluciones y una tercera, la más exitosa, dirigida por la teoría funcionalista.

El unionismo propiciará la existencia de un Consejo o Parlamento Europeo, en el que puedan discutirse los problemas que incumben al continente y se sustancien acuerdos entre los distintos gobiernos a través de la unanimidad.

El federalismo propondrá la redacción por una convención o asamblea constituyente de una constitución, en la que los estados renuncien a sectores de su soberanía a favor de un nuevo poder político.

El funcionalismo (David Mitrany, The progress of international government, New Haven 1933) postula que ciertas funciones de los Estados podían ser asumidas por organizaciones supranacionales sin que se produzca una abdicación formal de la soberanía nacional (integración por sectores). La Declaración que Robert Schumann leyó el 9 de mayo de 1950 recoge esta concepción de una integración de Europa mediante la asunción de competencias concretas. Es lo que habitualmente se llama método comunitario o método Monnet, pues fue éste quien adaptó esta teoría a las necesidades europeas.

Desde esta perspectiva, las organizaciones están dirigidas por técnicos y por lo tanto no son necesarios los políticos. En un primer momento, en realidad hasta bien avanzado el proceso, el peso político en el esquema de adopción de decisiones en el seno de la organización recae en la institución que representa a los gobiernos de sus Estados miembros. Los parlamentos nacionales y el Parlamento Europeo se ven así marginados. Esta opción encierra por tanto la cuestión tantas veces denunciada del déficit democrático inherente al modelo de integración europea.

Por otro lado, el éxito de estas organizaciones a la hora de realizar las funciones asignadas crea nuevas fidelidades o afectos, lo que permitiría avanzar



hacia una federación. Con todo, no puede hablarse en el caso de la Unión Europea de una evolución lineal. El proceso de integración europea ha experimentado, en efecto, sucesivos avances y retrocesos a lo largo de sus más de sesenta años. Estamos ahora ante una nueva etapa, a la que Europa llega exhausta tras el fracaso del Tratado constitucional: la inaugurada a partir de la entrada en vigor del Tratado de Lisboa en diciembre de 2009, cuyo Preámbulo pone de manifiesto “la importancia histórica de que la división del continente europeo haya tocado a su fin y la necesidad de sentar unas bases firmes para la construcción de la futura Europa”.

## TEXTOS

Georges Duby, Año 1000, año 2000, la huella de nuestros miedos, Santiago de Chile, 1995, pp. 67-68.

¿La existencia del vasto Sacro Imperio Romano Germánico no creó la sensación de una comunidad? Europa nunca ha estado más unida que en los siglos XII y XIII. Esta unidad provenía de la sensación que los europeos de la época tenían de constituir un solo pueblo, el pueblo cristiano, al cual controlaban, en el nivel institucional, dos potencias superiores, la del papa y la del emperador. Los países, pequeños, celosos unos de otros y muy divididos internamente, se sentían unidos en un conjunto superior que los englobaba. Si leemos, por ejemplo, una crónica de Amboise en el siglo XII, notamos que esos habitantes tenían conciencia de formar una nación y consideraban que los de Angers y Blois formaban otra. Había gran diversidad de dialectos locales, y sin embargo la gente se entendía. Todo el mundo comprendió a santo Domingo, un español, cuando fue a predicar a Alemania. La cristiandad latina constituía la comunidad esencial cuya armadura era la Iglesia, una Iglesia centralizada y con



universidades donde gran número de personas enseñaba un mismo saber en una lengua común, el latín. La aristocracia, por su lado, se vinculaba por alianzas matrimoniales. No obstante, a partir del siglo XIII y debido al crecimiento material, se fortalecieron los Estados. Las guerras se multiplicaron en el interior de Europa, que empezó a ser infectada por el nacionalismo, ese veneno. La guerra se tornó casi continua. La gente vivió la Guerra de los Cien Años como un combate perpetuo contra los ingleses, enemigos insoportables porque invasores. Pero ya se estaba al final de la Edad Media.

### CUESTIONES

1. ¿Cómo influyó el espíritu de Westfalia en la configuración de la Europa liberal?
2. La guerra, tan presente en el siglo XX ¿cómo influye en la mentalidad europea?
3. ¿Qué significa Norteamérica para el proceso de integración europea?
4. ¿Cómo podemos definir el unionismo?
5. ¿Qué es el funcionalismo y quién lo adaptó a las necesidades europeas?
6. ¿Se puede relacionar este proceso con la idea de unidad de la que habla DUBY?
7. ¿Qué aspectos cabe anotar de la denominada cuestión alemana?